



CIUDADANÍA Y VALORES  
FUNDACIÓN

## REFLEXIONES SOBRE LA SITUACIÓN EN LIBIA Y LA ACTUACIÓN INTERNACIONAL

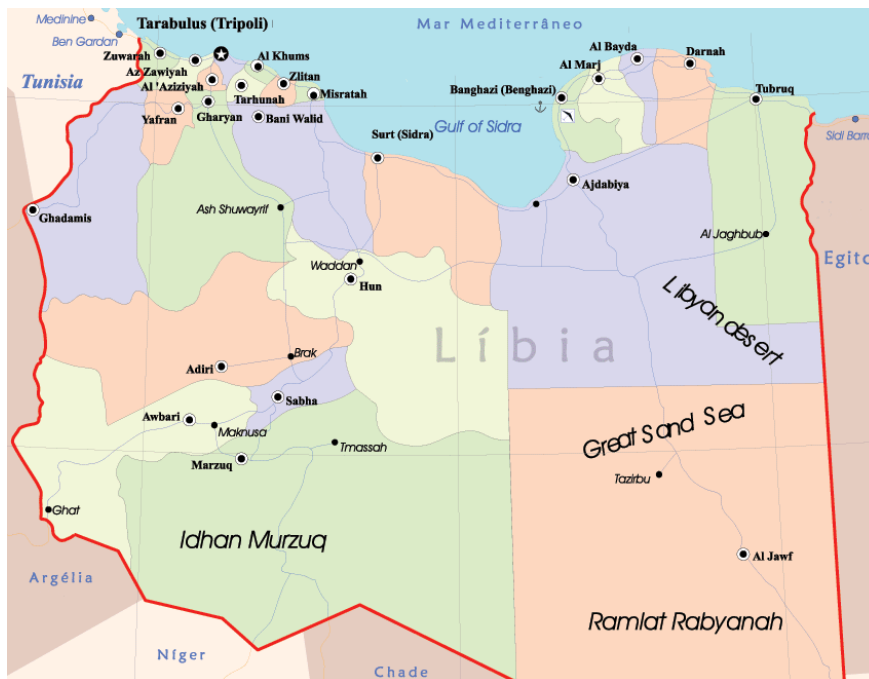
**Francisco J. Ruíz González**

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)

Ministerio de Defensa

### Introducción

Aunque la crisis de Libia continúe en pleno apogeo, y sea más que imprevisible cuando y como será definitivamente resuelta, su evolución hasta la fecha y la implicación de la comunidad internacional en la misma, hasta el grado de llevar a cabo acciones militares contra una de las partes en litigio, presentan suficientes puntos de interés para hacer una primera evaluación del desafío de seguridad que esta guerra civil está representando.



Mapa provincial de Libia y ubicación de las principales ciudades

La situación sobre el terreno, en términos militares, parece estancada. La evidente superioridad en medios y organización de las tropas fieles a Gadafi, sean de su ejército regular o de mercenarios subsaharianos a sueldo, estaban a punto de aplastar la rebelión de la zona oriental del país el pasado 17 de marzo, cuando la providencial aprobación de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU abrió paso, en pocas horas, a la intervención militar exterior, que frenó en seco la previsible entrada a sangre y fuego de los leales al régimen en la capital rebelde, Bengasi.

Sin embargo, y aunque la acción combinada del bloqueo naval, de la zona de exclusión aérea, y de los ataques a las tropas e instalaciones militares del régimen libio, con el objetivo estos últimos de proteger a la población civil en las zonas rebeldes, han logrado frenar un nuevo avance hacia el Este de los seguidores de Gadafi, la desorganización de los rebeldes y su falta de medios adecuados les han impedido, del mismo modo, progresar hacia el Oeste con el objetivo de levantar el sitio de Misurata y finalmente alcanzar la propia Trípoli.

### **La revolución de Libia en el marco de las revueltas del mundo árabe**

Aunque es imposible desligar la situación en Libia de la ola de revueltas que está viviendo el mundo árabe (Túnez, Egipto, Yemen, Bahréin...), este país presenta ciertas particularidades que condicionan el desarrollo concreto de esta crisis.

Para comenzar, Libia dispone de un territorio enorme (1.759.540 km<sup>2</sup>, unas tres veces y media el español), con una población de tan sólo 6.530.000 habitantes (unas 7 veces menos que España), que además se agrupan en una estrecha franja en la costa mediterránea, más allá de la cual poco hay más que desierto.

La historia de este territorio ha sido la del paso de sucesivos pueblos e imperios extranjeros (fenicios, griegos, romanos, vándalos, bizantinos, árabes, otomanos...) que en una u otra época dominaron a las tribus locales, escasas en número y con una nula conciencia de pertenecer a una misma nación. A esta lista se sumó en 1912 Italia, en su intento por dotarse de un imperio colonial al estilo del de otras potencias europeas, que conquistó las dos grandes provincias, la Cirenaica al Este y la Tripolitana al Oeste, aunque no las unificó en una entidad común hasta 1934.

Tras la II Guerra Mundial el territorio libio pasó a ser administrado por el Reino Unido y Francia, hasta independizarse en 1951 como Reino de Libia, con el Rey Idris como Jefe de Estado. En 1969 el Coronel Gadafi encabezó un golpe militar incruento contra el monarca, tras el cual se proclamó la República Árabe Libia con un régimen de gobierno autoritario conocido como *Yamahiriyya* (Estado de las Masas), sistema de gobierno donde el pueblo ejerce el poder mediante la participación directa en las tomas de decisiones.

Defensor del panarabismo y enemigo de Occidente durante la Guerra Fría, Gadafi patrocinó diversas acciones terroristas durante los años 80, a las que el presidente estadounidense Reagan respondió con el bombardeo de Trípoli y Bengasi en 1986. Tras un nuevo y mortífero

atentado en 1988 contra un vuelo de la Pan Am, en el que murieron 270 personas y que fue organizado por los servicios secretos libios, la ONU estableció en 1992 sanciones contra el país, que se convirtió de ese modo en un “paria” internacional.

Sin embargo, la situación comenzó a cambiar cuando Gadafi entregó a los culpables de los atentados en 1999 a la justicia británica; el regreso de Libia a la comunidad internacional se produjo en 2003, cuando Gadafi renunció por completo a sus programas de desarrollo de armas de destrucción masiva. Tras esa decisión, los países occidentales se apresuraron a cerrar todo tipo de acuerdos comerciales con el régimen, destacando las inversiones en el mercado de la energía.

Hay que recordar que Libia producía, antes de las revueltas, 1,8 millones de barriles de petróleo diarios (que suponen el 95% del total de exportaciones del país), y cuenta con las mayores reservas probadas del continente africano (46.600 millones de barriles), a las que une unas reservas de 54,7 billones de pies cúbicos de gas natural.

A pesar de esta riqueza en recursos naturales, y de una renta per cápita de unos 13.500\$ (muy por encima de la de otros países del norte de África), un tercio de la población se encuentra por debajo del umbral de la pobreza. Otros indicadores más positivos son una esperanza de vida de 77 años (en Egipto, por ejemplo, es de 70), y un porcentaje de alfabetización de un 82% (en Marruecos, por ejemplo, es del 52,3%).

En ese marco histórico, político, y socioeconómico, se encontraba Libia a finales del pasado 2010 cuando comenzaron a estallar las revueltas en el mundo árabe. A diferencia de Túnez y Egipto, donde las protestas populares lograron un rápido (y relativamente pacífico) derrocamiento de sus longevos líderes, o de Siria, Bahréin y Yemen, donde unas tímidas promesas de reformas se han unido a una implacable represión policial (frenando de momento las revueltas), las protestas populares en Libia han degenerado rápidamente en una auténtica guerra civil.

Así, las tribus de la Cirenaica se han alzado contra el régimen de Gadafi, mientras que éste parece haber mantenido la lealtad de las tribus de la Tripolitana, desde la frontera con Túnez hasta su ciudad natal de Sirte, zona en la que ha ido “limpiando” las bolsas de rebeldes que se formaron inicialmente. Para algunos analistas, ha sido esta rivalidad tribal y la lucha por el poder lo que ha motivado el conflicto, más que un alzamiento en demanda de reformas democráticas. Esta indefinición en los propósitos de fondo de la revolución, unida a las sospechas de la presunta infiltración de radicales islamistas, ha sido una de las causas que ha ralentizado la reacción de la comunidad internacional, que estudiamos a continuación.

## La reacción de la comunidad internacional ante la crisis libia

Inicialmente, las revueltas populares en Libia de finales de febrero fueron consideradas una continuación de las producidas en Túnez y Egipto, y todo parecía presagiar la caída del régimen de Gadafi, cuya salida del país se llegó incluso a anunciar. Sin embargo, la rápida y brutal reacción gubernamental, así como la en realidad nula intención de Gadafi de abandonar el poder que ha detentado con mano de hierro durante cuatro décadas, produjeron que los “comités populares” sólo se hicieran con el control de las principales ciudades del Este del país (Bengasi, Derna, Tobruk) y de algunos enclaves en el Oeste (Misurata, Az Zawiya), estos últimos inmediatamente sometidos a asedio.

La represión inicial, con la muerte de unas 2.000 personas según cifras de la ONU, condujo a la aprobación por unanimidad el 26 de febrero en el Consejo de Seguridad de la Resolución 1970, por la que se solicitaba el inmediato cese de la violencia; se remitía a la Corte Penal Internacional el estudio de lo ocurrido, por si pudiera constituir crímenes de lesa humanidad; se prohibía el suministro de material bélico a Libia; y se congelaban los activos financieros de Gadafi y sus leales. Por último, se amenazaba al régimen con nuevas medidas en caso de que continuase su actitud.

Esto no hizo mella en Gadafi, que aprovechando su evidente superioridad militar lanzó una implacable campaña aérea y terrestre contra las fuerzas rebeldes, hasta llegar a ocupar la estratégica ciudad de Ajdabiya, último bastión antes de Bengasi. El día 17 de marzo Gadafi afirmó, en un discurso televisado, que la ofensiva sobre la capital rebelde comenzaría esa misma noche y que “*no habría piedad*” con los que resistieran.

Las afirmaciones del líder libio sirvieron como catalizador de la aprobación, ese mismo día, de una nueva Resolución del Consejo de Seguridad, la 1973, que detallaremos a continuación; lo más destacable es el debate producido en el *impasse* entre ambas Resoluciones, entre los países contrarios a la injerencia en lo que consideraban los asuntos internos de un Estado soberano, y aquellos partidarios de la intervención en los casos en que existe un riesgo inminente de crímenes contra la humanidad.

Ambas posturas encuentran acomodo en la legislación internacional ya que, aunque la Carta de la ONU consagra que ninguna de sus disposiciones autoriza a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados, genocidios como el producido en Ruanda en los años 90 llevaron a la aprobación en 2005 de la llamada “Responsabilidad de Proteger”, según la cual la comunidad internacional tiene el derecho y el deber de intervenir cuando un determinado Estado se muestra incapaz de proteger a sus ciudadanos.

Al decidido apoyo a la intervención de Francia y Reino Unido se unieron las reticencias de los EEUU a implicarse en un nuevo conflicto en el mundo musulmán, tras las experiencias en Afganistán e Irak, y la postura más inmovilista de Rusia y China, con asiento permanente y

capacidad de veto en el Consejo. Afortunadamente para los rebeldes libios, fue la propia bravuconería e imprudencia de Gadafi con sus amenazas las que ayudaron a superar las reticencias, de modo que el Consejo aprobó, con diez votos a favor y cinco abstenciones (las de Brasil, Rusia, India y China, los llamados BRIC's, además de la de Alemania) la Resolución 1973.

Aunque la imagen que se trasladó a la opinión pública fue que esta Resolución aprobaba únicamente el establecimiento de una zona de exclusión aérea, en realidad también incluye un estricto embargo de armas, la ampliación de la congelación de los recursos financieros del régimen y, lo más importante, autoriza a los Estados miembros a *“tomar todas las medidas necesarias”* para proteger a los civiles bajo amenaza de ataque, excluyendo el despliegue de una fuerza de ocupación extranjera.

Garantizada por la ONU la legitimidad de la intervención, la siguiente cuestión fue el determinar que Estados llevarían a cabo la intervención militar; finalmente fue una *“coalición de voluntarios”*, con una estructura de mando y control flexible, la que inició las acciones bélicas el día 19, bajo liderazgo de Francia, Reino Unido y los EEUU, estos últimos en un papel incómodo ante las dudas sobre los verdaderos objetivos de los rebeldes y la división interna en la administración entre los partidarios de intervenir (como el Departamento de Estado) y los reacios a hacerlo (como el Departamento de Defensa).

Lo que se puso de evidencia fue la dificultad de actuar en el marco de las organizaciones euroatlánticas de seguridad y defensa, a pesar de contar con el respaldo de una Resolución de la ONU, y desarrollarse la crisis en su *“patio trasero”*. Así por ejemplo, la UE ha adoptado un perfil muy bajo durante la crisis, y no fue hasta el 1 de abril cuando decidió comenzar a planificar una operación militar (*“EUFOR Libia”*) con objeto de dar protección a los refugiados, crear corredores humanitarios, y apoyar a las agencias y ONG presentes en la zona.

Por lo que respecta a la OTAN, que dispone de una estructura permanente de mando sin parangón, todos los ojos se volvieron hacia ella cuando los EEUU expresaron su voluntad de *“dar un paso atrás”* en el protagonismo de las acciones militares; sin embargo, las tensiones entre aliados no se hicieron esperar: Italia amenazó con vetar el uso de sus bases si la OTAN no se hacía cargo de la operación; Francia se oponía con el argumento de que ello alienaría a los Estados árabes participantes (Qatar y los EAU); Alemania, tradicionalmente opuesta al uso de la fuerza, se descolgaba retirando sus buques que participaban en el embargo en las aguas libias; finalmente, el único país musulmán de la Alianza Atlántica, Turquía, imponía condiciones a una intervención que consideraba podía ser contraproducente.

Finalmente, la OTAN asumió el liderazgo el 27 de marzo, aunque en la denominada operación *“Unified Protector”* sólo participan 14 (incluida España) de los 28 aliados, junto a los países árabes ya citados y Suecia (miembro de la UE pero no de la OTAN).

## Conclusiones

Al día de la fecha, y como se señalaba en la introducción, la situación militar en Libia se encuentra en un punto muerto. La OTAN continua implementando las acciones de la Res. 1973 con dificultades, ante la prioridad que se da a no causar daños colaterales, ya que parece ser que Gadafi está usando escudos civiles en la ciudad de Misurata y en otras zonas; los rebeldes han mostrado su descontento ante lo que identifican como un menor apoyo a sus acciones en tierra desde que la OTAN asumió el mando; y sobre el terreno se suceden las ofensivas y contraofensivas, en la franja costera que va de Sirte al Oeste a Ajdabiya al Este, sin que la suerte se decante por un bando u otro.

Cobran de ese modo un protagonismo mayor las iniciativas diplomáticas de cara a alcanzar el objetivo político final, aunque éste no parece ser el mismo para todos los países: algunos, como los EEUU y Francia, han dejado claro que cualquier solución pasa por la salida del poder de Gadafi, mientras que otros, como Turquía, parecen intentar favorecer una solución negociada, con un periodo de transición política liderado por Gadafi o uno de sus hijos.

De ese modo, es impredecible saber cuál será el resultado de esa crisis, pero si cabe aventurar que los escenarios futuros podrían incluir:

- Una derrota militar del bando gubernamental y la extensión de la revolución a todo el país. No parece que se vaya a producir, ya que precisaría de una ayuda directa internacional a los rebeldes en forma de adiestramiento, apoyo militar a su ofensiva y suministro de armamento pesado;
- Un derrumbe del régimen ante la presión exterior, sin una derrota militar. Implicaría una desafección del círculo más próximo a Gadafi que le hiciera caer, algo que parecía posible los primeros días de los ataques, pero que no parece que se vaya a producir, a pesar de que sería la mejor opción para Occidente;
- La división de Libia en dos entes, la Tripolitana al Oeste, dominada por Gadafi, y la Cirenaica al Este, dominada por el Consejo Nacional de Transición, al que sólo Francia, Italia y Qatar han reconocido oficialmente. Esto conduciría a una situación de inestabilidad y potencial conflicto que podría prolongarse por décadas, similar a la de la península de Corea.

Sólo el tiempo dirá como finaliza esta compleja y enquistada crisis, de importantes repercusiones en todo el Mediterráneo.

*Madrid, a 7 de abril de 2011*